

Diferentes tipos de relaciones semánticas y problemas de los campos lingüísticos

Las relaciones entre palabras son muy numerosas, variadas y, frecuentemente, bastante complicadas. Las palabras pueden estar relacionadas entre sí y a veces entrar en diferentes conjuntos estructurales a base de la semejanza (paronimia) o hasta identidad (homonimia) de sus formas, a base de afinidad gramatical (pertenencia a la misma categoría de palabras, declinación, conjugación, etc.) o de afinidad sintagmática (contextual) a base de semejanza, identidad o, en cambio, de oposición de sus significados (sinonimia, antonimia) o a base de otras relaciones como, por ejemplo, de coordinación, subordinación o superioridad, de la relación del individuo al colectivo, de la parte al todo, del productor al producto, del material al producto, del lugar a la cosa producida (originalmente) en ese lugar, del lugar a la persona o cosa que en ese lugar (edificio, habitación, recipiente, etc.) se encuentra, etc.¹

Aunque el tema del presente artículo son las relaciones semánticas, nos vemos obligados a mencionar asimismo, en bre-

(1) Sobre homónimos véase O. DUCHÁČEK, *L'homonymie et la polysémie*, *Vox románica*, 21, 1, 1962, 49-56, y K. HEGER, *Homographie, Homonymie und Polysemie*, *Zeitschrift für romanische Philologie*, 1963, 79, 5-6, 471-491.

ves palabras, las demás relaciones, ya que están unidas con aquéllas de modo inseparable.

Además de la identidad de forma de los homógrafos (*grado* < *gradus* — *grado* < *gratus*; en francés *louer* < *locare* — *louer* < *laudare*) y de la semejanza de forma de los homófonos (*barón* — *varón*; fr. *sein* — *sain* — *saint* — *ceint* — *seing*), parónimos (*vaso* — *paso* — *pazo* — *bazo*; fr. *brin* — *brun*, *abjurer* — *adjurer*, *attendre* — *entendre*) y palabras terminadas de la misma manera (*gusto* — *susto*; fr. *lentement* — *firmament* — *clément*) y otros, existe también la semejanza de forma que se debe a la identidad de la raíz resultante de afinidad etimológica (*contar*, *descontar*, *cuenta*, *descuento*, *contador*, *contabilidad*, *contado*, *contadero*; *cuento*, *cuentista*, etc.; fr. *prendre*, *apprendre*, *désapprendre*, *comprendre*, *éprendre*, *déprendre*, *reprendre*, *entreprendre*, *surprendre*; *prenable*, *prenant*, *entreprenant*, *surprenant*; *entrepris*, *épris*, *surpris*; *prise*, *reprise*, *entreprise*, *surprise*; *comprenette*; *compréhensif*, *compréhension*, *compréhensible*, *compréhensibilité*; *apprenti*, *apprentissage*; *repréhensible*, *repréhensif*, *repréhension*, etc.), a la identidad del prefijo (*anteojos* — *antesala*; fr. *circonlocution* — *circonscription*) o del sufijo (*competencia* — *existencia* — *abstinencia*; fr. *admiratrice* — *directrice* — *lectrice*). En estos casos, sin embargo, se trata ya no solamente de semejanza de forma, sino también de correlación semántica, puesto que la raíz de la palabra es el portador del significado básico y también los prefijos y sufijos suelen tener su valor semántico, a veces de tanta importancia que modifican sustancialmente el significado de la palabra. Otras veces por lo menos lo precisan, por ejemplo situando la palabra en cierta clase o grupo de palabras (la palabra *zapatero*, derivada del sustantivo *zapato* mediante el sufijo *-ero*, es un sustantivo y pertenece al grupo de nombres que denotan oficio o empleo; la palabra francesa *cultivateur*, derivada del verbo *cultiver* mediante el sufijo *-ateur*, pertenece al grupo de sustantivos que designan el agente de una acción, en determinada declinación y conjugación, etc.

También relaciones sintagmáticas, especialmente si son de

carácter constante (en frases hechas), pueden ejercer influencia en el significado de la palabra, por ejemplo *prestar ayuda*, *acusar recibo*; fr. *pousser sa pointe*, *le lait prend*, etc.

A pesar de todo ello, las más importantes siguen siendo las relaciones semánticas en el sentido estricto de la palabra. Cada palabra hay que comprenderla como miembro de un grupo semántico del que forma parte y cuyos miembros pueden influenciar (precisar, limitar, modificar) su significado. Por el proceso de asociaciones y por el contexto oracional o extralingüístico pueden cambiar el significado original (etimológico) de la palabra y su pertenencia a una determinada categoría de palabras.

Desde el punto de vista semántico, la palabra no es, pues, una unidad independiente, sino miembro de un grupo semántico más o menos numeroso, en el cual cada miembro depende de una o, con más frecuencia, de varias otras palabras entre las que existe cierta clase de afinidad.

Demostremos en un ejemplo, las diferentes relaciones potenciales.

La palabra *malhechor* puede ser incluida:

1. En el grupo de palabras etimológicamente afines: *hacer*, *deshacer*, *rehacer*, *contrahacer*...; *hacedor*, *deshacedor*, *hacendera*, *rehacimiento*, *quehaceres*, *hecho*, *deshecha*, *hechura*, *contrahechura*...; *hacendero*, *hacedero*, *hacendoso*, *contrahacedor*, *deshecho*, *rehecho*, *contrahecho*...; (*hacienda*, *hacendista*, *hacendado*, *hacendar*), etc.
2. En la serie de sustantivos con el sufijo *-or* (*-dor*, *-tor*), que expresan al agente de una acción: *pintor*, *gobernador*, *labrador*, *patinador*, *director*, *escritor*, etc.
3. En la serie de sustantivos compuestos con el primer elemento componente *mal*, que designan algo malo: *malhumor*, *maldición*, *malestar*, *malcontento*, *malgastador*, *maltrato*, *malogro*, etc.
4. En el grupo de sinónimos: *delincuente*, *criminal*.

5. En el grupo de palabras con las cuales la une frecuentemente el contexto oracional o extralingüístico, que igualmente puede ocasionar un considerable acercamiento asociativo: *delito, crimen, transgresión; víctima; policía, detective, agente, guardia, seguridad; detención, detenido, acusado, investigaciones, tribunal, proceso, juez, jurado, fallo, sentencia, pena, prisión, cárcel*, etc. La elección y el número de los miembros de este grupo, así como su estructuración, dependen del carácter individual, vida y experiencias del parlante o del interlocutor.

La palabra francesa *malfaiteur* puede ser incluida:

1. En el grupo de palabras semántica y etimológicamente afines: (*se*) *faire, faire part; fait, fait divers; faiseur, faisable, fainéant, fainéanter, fainéantise*, etc.

2. En la serie de sustantivos derivados mediante el sufijo *-eur*, que designan al agente de una acción: *chômeur, collaborateur, explorateur, exportateur, directeur, enchanteur*, etc.

3. En el grupo de palabras que contienen la idea de algo malo, expresada por el prefijo *mal-*: *malfaisant, malfamé, malintentionné, malhonnête, malpropre, malpeigné, malsain, malbâti, malhabile, maladroit, malappris, malavisé; malhonnêteté, malaise, malpropreté, maladresse*, etc.

4. En el grupo de palabras semánticamente afines: *coupable, blâmable, misérable; bandit, monstre, apache, meurtrier, assassin, escarpe, tueur*, etc.

5. En el grupo de sinónimos: *rôdeur, criminel, scélérat, gangster*.

6. En el grupo de antónimos: *bienfaiteur*.

7. En el grupo de palabras con las que la une frecuentemente el contexto oracional o extralingüístico: *maison de correction, prison, code pénal, gendarme, juge, justice, tribunal, cour d'assises, détenu, juré, punir, punition, peine (capitale), crime*, etc.

Clasificando así las palabras en distintos grupos según dis-

tintos puntos de vista, podemos observar que su significado se precisa y nos damos cuenta que no sólo palabras enteras, sino también partes de ellas (prefijos y sufijos) pueden ser sinónimas y antónimas; con el prefijo *ante-*, por ejemplo, puede ser sinónimo el prefijo *pre-* (*antedecir* — *predecir*), con el sufijo *-miento* los sufijos *-ción* y *-encia* (*mantenimiento* — *manutenición* — *mantenencia*); del prefijo *post-* es antónimo *ante-* (*post meridiano* — *antemeridiano*) o *pre-* (*postguerra* — *preguerra*). El prefijo francés *mal-* (*malfaiteur*, *malveillance*) es sinónimo no solamente con sus variantes *malé-* (*malédiction*, *malévole*) y *mau-* (*maudire*), sino también con el prefijo *mé-* (*méfait*) y su variante *més-* (*mésalliance*, *mésaventure*); es antónimo con *bien-* (*bienfaiteur*, *bienfait*, *bienveillance*) y con la variante de éste *béné-* (*benédiction*, *bénévole*).

Los grupos semánticos pueden ser no solamente naturales, como los que acabamos de ver (no importa de qué aspecto se verificó la formación del grupo), sino también artificiales (grados militares u otros títulos) y semiartificiales, creados por especialistas (la terminología de diferentes disciplinas científicas, de ramos de la producción o administración, etc.) o por poetas (expresiones para la belleza, para el amor y otras).

Algunas veces las palabras dentro de un grupo forman líneas continuas (series de numerales consecutivos, series cronológicas de los nombres de los días de la semana, de los meses del año, etc.), o sistemas de líneas (denominaciones de parentesco: *abuelo* — *padre* — *hijo* — *nieto*, *abuela* — *madre* — *hija* — *nieta*, etc.); en algunas líneas podemos observar ramificaciones.

Los mamíferos carnívoros se dividen en félidos, cánidos, hiénidos, úrsidos, mustélidos y vivérridos; los félidos se dividen en leones, tigres, jaguares, leopardos, onzas, linceos, gatos, etc.

En la mayoría de los casos, sin embargo, las relaciones entre los miembros de los grupos de palabras son mucho más complicadas. En algunos casos todas las expresiones son del

mismo nivel (de ahí el término *campo lingüístico*); en otros, sin embargo, algunas palabras están subordinadas a otras, sea por su contenido semántico (*hermoso* — *guapo*), sea por su pertinencia a distintas capas del lenguaje (además de las expresiones literarias *hermoso* y *guapo* pueden usarse, en el lenguaje familiar, las expresiones *mono* o *de rechupete*; en francés compiten con las palabras literarias *beau* y *joli* las familiares *bath*, *chouette* y otras).

En los campos lingüísticos las palabras no son, pues, todas del mismo valor. Podemos observar en ellos una estructura jerarquizada, pero hay que tener en cuenta que la jerarquía entre las palabras no es ni precisa, ni estable, porque entre los miembros del campo existe una constante influencia mutua que trae consigo cambios en sus interrelaciones. Semejante influencia se observa también entre campos enteros, especialmente entre campos conceptuales entre los que hay alguna afinidad.

Dentro de un campo lingüístico podemos observar ciertas diferencias individuales tanto en su extensión como en su estructura, explicables por las diferencias de edad, educación, ocupación y experiencias de los parlantes. Más grandes son las diferencias existentes entre campos equivalentes de diferentes lenguas y entre diversos estadios históricos de un campo en la misma lengua. Con el tiempo cambia la cantidad de palabras en un campo lingüístico (algunas caen en desuso o pasan a otro campo, otras surgen como nuevas formaciones o vienen de otros campos vecinos), cambia también su contenido y extensión y por consiguiente, sus interrelaciones y la estructura del campo.

Hemos ya demostrado que las palabras pueden clasificarse y agruparse según diferentes puntos de vista, puesto que sus relaciones mutuas son variadas. Por ello hay también diferentes campos lingüísticos. Podemos dividirlos en dos grupos principales: *campos de palabras* y *campos conceptuales*. Los campos de palabras pueden ser divididos en morfológicos, sintagmáticos y asociativos. Los campos conceptuales pueden ser simples o complejos. El núcleo de los campos conceptuales

simples es un solo concepto, en los campos complejos las palabras se refieren a todo un grupo de conceptos afines.

El análisis de las distintas clases de campos lingüísticos es muy instructivo. El estudio del campo morfológico nos deja ver cómo las palabras están unidas entre sí por la semejanza de su forma (acústica o gráfica). El examen de los campos sintagmáticos nos permite conocer mejor la influencia recíproca del contexto y del significado de las palabras, ya que bajo la influencia del contexto las palabras pueden cambiar su contenido semántico o, al contrario, una palabra cuyo significado ha cambiado puede, en ciertas frases hechas, conservar su significado original. Por el otro lado, las palabras pueden ejercer influencia en el contexto.²

El análisis de las relaciones entre las palabras en los campos asociativos puede ayudar a descubrir la sucesión de las asociaciones de ideas, lo que es de considerable importancia para la psicología y psiquiatría. El estudio de los campos conceptuales es muy importante, puesto que el significado de una palabra puede ser concebido plenamente sólo mediante el conocimiento de sus relaciones con las palabras de significado afín o contrario.³

Atestiguan la realidad y eficacia de las relaciones mencionadas la llamada etimología popular y la atracción semántica, que son prueba de la tendencia de poner cada palabra en el lugar que le corresponde en el grupo (campo lingüístico), cuyo miembro es según la conciencia lingüística del parlante, conciencia formada sea por la influencia de frecuentes uniones dentro de la oración, sea por la influencia de ciertas experiencias estralingüísticas:

La ortografía del francés antiguo *lais* «legado», derivado de *laisser* «dejar (legar)» fue cambiada en *legs*, porque la gen-

(2) Para una información más detallada véase el artículo de EVA SPITZOVÁ, *El campo sintáctico del sustantivo hombre en el español moderno*.

(3) Más detalladamente sobre la estructura, importancia y objetividad del estudio de los distintos tipos de campos lingüísticos véase O. DUCHÁČEK, *Los campos lingüísticos*, Armas y letras IV, 1961, 3, 31-51, traducción española del artículo *Les champs linguistiques*, *Philologica Pragensia* 111, 1960, 22-35.

te lo unía con el lat. *legatum*; la forma del latino *mandragora* fue alterada en *mandeglorie* y *main de gloire*, porque se buscaba una conexión con las palabras *mander* «mandar», *gloire* «gloria» y *main* «mano»; *limignon* «pábilo, cabo de vela» fue cambiado en *lumignon* por influencia de *lumière*.

La influencia de distintas experiencias de la vida, algunas veces profesionales (de obreros, campesinos, estudiantes, artesanos, etc.), otras individuales, la influencia del ambiente o de acontecimientos históricos (revoluciones, guerras), etc., contribuye a la inestabilidad y variabilidad de los campos lingüísticos, de su extensión y estructura interna.

Lo que hemos dicho hasta ahora basta ya para confirmar la veracidad de la inicial afirmación de que las relaciones entre las palabras son numerosas, variadas y, frecuentemente, complicadas. Sin embargo, estas relaciones son aún más complejas; para simplificar el conjunto de problemas demasiado complicados hemos dejado aparte, hasta ahora, la cuestión de la complejidad de los significados mismos.

El significado de una palabra es la realización de un conjunto compuesto de la dominante (generalmente nocional, excepcionalmente también expresiva) y de componentes secundarios: nocionales, expresivos (afectivos y volitivos), gramaticales (pertinencia a determinada categoría de palabras, carácter de la composición de la palabra) y funcionales (por ejemplo la posibilidad de emplear la palabra solamente en determinados contextos, situaciones o ambientes sociales). La dificultad principal consiste en el hecho de que el número, importancia y relación mutua de estos componentes secundarios no suelen ser absolutamente constantes. Las diferencias suelen ser generacionales (temporales), dialectales (locales), de capas (según las clases sociales y según grupos de personas de cierta ocupación o de cierto interés social) y hasta individuales (según la educación, experiencias, carácter, convicción religiosa o política, etc.) y ocasionales (matices afectivos dados por las circunstancias).

Eso significa, pues, que con el núcleo semántico (la dominante) se unen ideas y, a veces, también sentimientos se-

cundarios. Esas ideas y sentimientos no son necesariamente idénticos en el parlante y en el interlocutor, por lo menos no en toda su extensión. El número, la calidad y la intensidad de los componentes secundarios nocionales, afectivos y volitivos pueden diferir.

El significado de algunas palabras, de términos técnicos, por ejemplo, (*hidrógeno, losange, multiplicador, milímetro*, etc.) es claro, sencillo y homogéneo, puesto que lo forma tan sólo la dominante nocional, sin la participación de componentes secundarios. En cambio en otras palabras los componentes secundarios, en la mayoría de los casos sobre todo los nocionales, juegan un papel muy importante, por ejemplo en las palabras *perro* y *navaja*, porque hay muchos y muy diversos perros y navajas. Existen, sin embargo, también palabras en las que los componentes más importantes son los afectivos. Pertenecen a este grupo las interjecciones, injurias y lisonjas.

Cuanto más fuertes son las ideas y sentimientos secundarios tanto más débil es la posición de la dominante. Si alguna de las ideas llega a predominar, se convierte en la dominante y la dominante nocional llega a ser un componente nocional, lo que trae consigo, naturalmente, el cambio del significado de la palabra. Si predominan los sentimientos, la palabra puede perder su dominante nocional y convertirse en una palabra semánticamente vacía o por lo menos vaga (*¡muñeca!*, *¡mi vida!*; fr. *mon petit chou*).

Nota: Los componentes afectivos pueden resultar, algunas veces, de la forma de la palabra (sufijo peyorativo, grupo cacofónico de sonidos, etc.), con más frecuencia, sin embargo, de los componentes nocionales, ya que, a menudo, los elementos afectivos son resultado de la reacción a los elementos nocionales (sentimientos espontáneos de agrado o desagrado). Los elementos emocionales pueden formar una parte constante del significado de la palabra o pueden representar un matiz emocional momentáneo: *poblacho*, por ejemplo, tiene un matiz despectivo constante y es inconfundible con *pueblo*; *perorar* puede ser peyorativo (*el padre seguía perorando, mientras los demás se dedicaban a la comida*) o no (*peroró en la ceremonia el Presidente de la Asociación*). En francés, *puéril* es constantemente peyorativo y no puede

ser sustituido por *enfantin*, mientras que *conteur* tiene matiz peyorativo sólo en algunos contextos, por ejemplo *ne le croyez pas, c'est un conteur (= menteur)*; en otros no es peyorativo: *Le roman de Renart est le chef-d'oeuvre des anciens conteurs français*.

En ciertas circunstancias contextuales u otras o en cierta disposición psicológica en la que se encuentre el parlante, alguno de los elementos secundarios nocionales o hasta afectivos puede adquirir tanta importancia que puede eclipsar la dominante original y ocupar su lugar; al mismo tiempo cambia, naturalmente, el significado de la palabra. Este proceso puede realizarse sólo en el parlante o sólo en el interlocutor o en los dos a la vez.

Hay además otros casos, menos extremos, en los que uno de los componentes se destaca de tal manera que los demás componentes secundarios se ven eclipsados por él completamente. No hay duda de que los componentes secundarios de la palabra *caballo*, tanto nocionales como afectivos, no son idénticos en cuanto a su número, calidad, importancia e intensidad, en un criador de caballos, un agricultor, un propietario de una cuadra de carreras, un jockey, un cochero, un tratante en caballos, un pintor y un hombre que conoce a los caballos sólo de vista, sin entrar en contacto con ellos.

La cantidad de los componentes semánticos, su interdependencia, variabilidad e inestabilidad constituyen un paralelo a la complejidad, interdependencia y condicionalidad externa de los fenómenos psíquicos.

En cuanto a la influencia de la realidad extralingüística, puede servirnos de ejemplo típico la palabra *ganado*, participio del verbo *ganar*, que originalmente designaba lo que se había ganado o conseguido. En latín *ganatus* designaba los bienes muebles en general. En las épocas en las que los animales domésticos constituían la parte principal o más importante de los bienes muebles, dicha palabra pasó a designar sólo los animales domésticos, perdiéndose la dominante semántica original, así que actualmente la palabra *ganado* ya no evoca la idea de ganar o conseguir.

Como ejemplo de la influencia de factores externos en francés podemos mencionar la evolución semántica de la palabra *chaumière*, derivada de *chaume* (=gavillas de paja para cubrir tejados). Originalmente designaba una choza con tejado de paja. Cuando la paja dejó de usarse para tejados, la idea de paja fue perdiéndose de la palabra *chaumière*, siendo sustituida por la idea de pequeñez y pobreza.

Finalmente hay que destacar que aunque una palabra aislada suele evocar una cierta idea, ya que la mayoría de las palabras tienen un significado básico, este significado básico no es más que virtual. Es tan sólo en la oración donde adquiere un significado actual, es decir, real y más o menos preciso, ya que únicamente en el contexto de la oración se determinan y precisan mutuamente las palabras.

La medida de comprensibilidad de una palabra aislada es diferente en diferentes idiomas. Cuanto más polisémicas son las palabras y cuanto más prevalece en el idioma el carácter simple de las palabras, tanto menos claro es el significado de una palabra aislada. Es, por lo tanto, más fácil acertar el significado de una palabra aislada española o francesa que inglesa, porque en inglés las categorías de palabras no son morfológicamente precisadas (en muchos casos, la misma forma puede ser un sustantivo, adjetivo, adverbio y verbo; por ejemplo *close* «fin, conclusión» — «cerrado, apretado, oculto» — «cerca, estrechamente» — «cerrar, terminar»), y a su vez, es más fácil acertar el significado de una palabra aislada checa que española o francesa, porque en checo no solamente la conversión, sino también la homonimia es mucho menos frecuente que en español o francés.

Como las relaciones conceptuales, y especialmente las asociativas, entre las palabras pueden basarse no sólo en la afinidad de las dominantes nocionales, sino también en la de todos los componentes secundarios, hasta palabras monosémicas pueden pertenecer a varios campos conceptuales a la vez y pueden ser relacionadas semánticamente con un número considerable de palabras.

La existencia simultánea de varios significados en la mis-

ma palabra, significados que pueden aclararse tan sólo en la oración, complica aún más las relaciones semánticas, ya que, debido a sus diferentes significados, la misma palabra puede entrar en relaciones mutuas con varios grupos de palabras, muchas veces muy distintos, y por ende, puede ser al mismo tiempo miembro de otros campos conceptuales más, viéndose multiplicadas sus relaciones semánticas.

Resulta de ello que el número de las relaciones semánticas mutuas entre las palabras es muy grande, que estas relaciones son muy diversas, tanto en su calidad como en su intensidad y que dependen del número de los significados de la palabra y del contexto oracional y extralingüístico. El contexto extralingüístico comprende, entre otras cosas, la actitud del parlante para con el acontecimiento al cual reacciona, su participación sentimental, su estado psíquico y su carácter en general, así como las asociaciones resultantes de sus experiencias individuales. Todo esto se refleja en el significado de la palabra, aunque sea un significado ocasional y aunque esté indicado tan sólo por la entonación, por ejemplo. Pero a menudo el parlante tiene a su disposición palabras diferentes con las que puede expresar su juicio y sentimientos. Todo el mundo siente la diferencia entre las palabras *mujer* — *hembra* o entre *caballo* — *rocín*. En francés hay no sólo pares semejantes, sino también series (escalas) enteras: (*dame* — *femme* — *femmelette* — *femelle*; *coursier* — *cheval* — *haridelle* — *rosse*; *château* — *manoir* — *gentilhommière*, etc.⁴

Lo dicho basta para probar lo múltiples, variadas y complicadas que son las relaciones semánticas y cómo se agrupan o combinan mutuamente. De ello resulta, entre otras cosas, que no tiene razón J. Trier ni otros lingüistas alemanes al sostener que el sistema lexical de cada idioma puede ser dividido en campos lingüísticos de un solo tipo determinado (o, al contrario, que puede ser edificado de ellos), y tanto menos tiene razón G. Ipsen, quien opina que las palabras en los campos

(4) Sobre los distintos tipos de sinónimos y las diferencias y relaciones semánticas existentes entre ellos véase O. DUCHÁČEK, *Différents types de synonymes*, Orbis XIII, 1, 1964, 35-49.

lingüísticos forman un mosaico sin que se cubran mutuamente y sin que haya espacios entre ellos. Tampoco creemos en la posibilidad de crear un tipo universal del campo lingüístico, como lo intenta P. Guiraud, sino que opinamos que las palabras entran en diferentes tipos de conjuntos estructurales (véanse más arriba los tipos de campos lingüísticos) precisamente a base de las distintas relaciones que las unen mutuamente.

El léxico, naturalmente, no es un simple conjunto de palabras. Podemos observar en él cierta estructura, aunque complicada, difícil de descubrir a veces y, además, inestable, porque palabras surgen sin cesar, algunas de ellas llegan a ser muy frecuentes (aunque sea sólo por cierto tiempo limitado), mientras que otras caen en desuso. Además, las palabras cuya vitalidad no cambia tampoco son unidades constantes. Puede cambiar su significado, por ejemplo mediante la ampliación o reducción del contenido semántico de la palabra. El contenido de la voz *perro*, por ejemplo, fue perdiendo algunos de sus componentes secundarios a medida que se criaron nuevas variedades de perros. Bajo el concepto del adjetivo *rojo* podemos imaginarnos distintos matices de este color. Igualmente, el verbo *trabajar* evocará ideas distintas en personas de diferentes profesiones o miembros de diferentes regímenes sociales. Podemos observar una considerable relatividad semántica hasta en palabras que, a primera vista, parecen completamente claras y monosémicas: el adjetivo *pequeño*, por ejemplo, designa medidas muy distintas en las uniones *libro pequeño* y *ciudad pequeña*. De la inestabilidad de los significados de las palabras resulta la inestabilidad de las relaciones mutuas entre las palabras, aumentada a veces por la incertidumbre de los límites entre las realidades extralingüísticas designadas por las palabras correspondientes. Es, por ejemplo, muy difícil fijar los límites entre *guapo* y *hermoso*, etc. Igualmente difícil es fijar, en francés, los límites entre los conceptos expresados por las palabras *beau* y *joli*, entre *enfance*, *jeunesse*, *âge viril*, *âge mûr* y *vieillesse*, etc.

En resumen podemos decir que las relaciones existentes entre las palabras, ciertas tendencias que se manifiestan en la

estructuración de las palabras y cuyo resultado son unidades estructurales llamadas campos lingüísticos, comprueban la existencia de un sistema lexical, pero las realidades que acabamos de indicar oscurecen considerablemente todo el problema y obstaculizan el conocimiento del sistema lexical. Este sistema es mucho más complicado que los demás sistemas existentes en el idioma, por ejemplo el sistema fonológico, y difiere de ellos sustancialmente por todo su carácter. Es un hecho bien comprensible, ya que el número de fonemas no excede, en ningún idioma, unas cuantas decenas, mientras el sistema lexical comprende miles de unidades (palabras y grupos de palabras); a ello hay que añadir el hecho conocido de que los fonemas son mucho menos susceptibles de cambios que las unidades lexicales.

Sabemos, pues, que el sistema lexical, cuyo conocimiento intentamos, es mucho más complicado, menos preciso y menos estable y, por ende, más difícil de conocer. Mas el estudio de tendencias semánticas y el análisis de conjuntos estructurales del léxico es el camino que puede conducir a su reconocimiento.*

OTTO DUCHÁČEK

EVA SPITZOVÁ

Nota: La teoría y los ejemplos franceses vienen de O. DUCHÁČEK, los ejemplos y formulación españoles de E. SPITZOVÁ.